

Joaquín Jareño Alarcón

Ética y periodismo

Colección
ÉTICA APLICADA

Desclée De Brouwer

Índice

Introducción	11
Agradecimientos	17
Capítulo 1. Reflexión inicial	19
Capítulo 2. El ser humano como ser relacional. El papel de la información	23
1. La radical apertura humana.	23
2. Sociabilidad humana e interacción informativa	27
Capítulo 3. Los medios de comunicación y la revisión de los conceptos clásicos de espacio, tiempo y lugar. La posibilidad de la cosmópolis	31
1. El mundo se nos ha quedado pequeño	31
2. Las metáforas de McLuhan	40
3. Medios de comunicación e identidad comunal.	45
Capítulo 4. Reconstruyendo el ágora. La opinión pública y el valor político del periodismo	49
1. El ágora paulina y la discusión pública	49
2. La importancia y significado de la opinión pública. Sus falacias, igualmente	51

3. Las personas, los intereses, detrás de los medios: la dificultad para administrar la neutralidad.	59
4. El Affaire Dreyfus: la madurez de la prensa y los derechos civiles.	62
Capítulo 5. Periodismo y derechos.	69
1. Periodismo y derechos básicos. La hora de las proclamas .	69
2. La dignidad como fundamento de los derechos	72
Capítulo 6. El compromiso moral del periodista . . .	79
1. El periodista y la verdad. La condición racional del ser humano.	79
2. El periodista como historiador del presente	82
3. La verdad como criterio. Sus exigencias	85
4. Verdad, objetividad y prejuicios. La construcción de la información.	90
5. La tentación de la mentira. Los réditos del embuste y las dificultades para decir la verdad	95
6. El cuidado de las fuentes y la prudencia en el relato.	99
Capítulo 7. ¿Censura o autorrección? La importancia del juicio prudencial a la hora de informar	105
1. La censura como concepto y como realidad	105
2. ¿Cómo corregir? ¿Cuándo hacerlo?	109
Capítulo 8. La importancia y significado de la conciencia	115
1. Concepto y tipos de conciencia. La importancia de la conciencia recta.	115
2. La preservación de la independencia y la dignidad: la cláusula de conciencia	118

Capítulo 9. El derecho a la información y el derecho a la intimidad. La controversia ética	123
1. Psicología y lógica en la información sobre lo íntimo	123
2. Intimidad y vida privada. Los márgenes de los derechos	128
3. La actitud del periodista	134
Capítulo 10. El cauce moral de la acción profesional: la norma	141
1. La <i>normalidad</i> de la norma. El bien en lugar del mal	141
2. Los códigos deontológicos: la moral en el corazón de la actividad profesional	147
3. La necesidad de la formación moral. La vida como continuo aprendizaje moral.	153
Bibliografía	157

Introducción

Aristóteles, en su clasificación de las ciencias distinguía tres tipos fundamentales: teóricas, prácticas y productivas. Las ciencias teóricas, como señala en su libro sexto de la *Metafísica*, se encargan del ser, de los principios y causas de los seres, concretándose tales saberes en la Física, la Matemática y la Metafísica, que culmina en la Teología. Por su parte, las ciencias productivas o poéticas son aquellas que desarrollan el arte del “saber hacer”, buscando la perfección de la obra. Las ciencias prácticas ponen de manifiesto el significado de la perfección del agente, esto es, tienen como fin el bien del ser humano (*anthropinon agathon*) que, en última instancia, no es sino la felicidad, considerada como el tipo de vida más excelente. Es la razón, para Aristóteles, quien guía todo el proceso, de manera que las virtudes dominantes para el ser humano son las intelectuales. Virtudes en las que se manifiesta cómo el individuo es capaz de controlar los apetitos y las tendencias. En una medida, pues, notoria, es la razón la que guía la acción, ámbito donde se manifiestan las elecciones humanas. Una vida acorde a la razón, una vida virtuosa, parece que sería el modelo adecuado para el sujeto humano.

Pero no se trata únicamente de entender este proceso como funcionando en un territorio totalmente aislado. Es decir, el individuo no

consigue su perfección dentro de una especie de burbuja vital. La proyección pública de la acción se entiende como algo inevitable cuando hablamos de la razón práctica. De ahí que tanto Ética como Política sean para Aristóteles ciencias prácticas. El ser humano es un “animal político”, cuya participación en la vida y funcionamiento de la polis es algo constitutivo de su propia esencia. “Nada de lo humano nos es ajeno”, podemos decir parafraseando a Terencio, pues –como escribía Umberto Eco al cardenal Martini–, la ética comienza cuando el “otro” entra en escena. Ése es el alcance de un saber que la tradición cristiana ha centrado en la preocupación por el prójimo, situando la perfección de la acción específicamente humana en la responsabilidad ante los demás, que en última instancia es responsabilidad ante Dios.

Pero hay actividades que resultan ser más sensibles que otras frente a estas responsabilidades. Lo son por el carácter singular del terreno que se trata y de la incidencia que tienen en las vidas de los individuos. El caso que nos ocupa, el periodismo, se reviste de unas cualidades específicas que reflejan lo delicado del papel que juega. Es en este sentido que podemos señalar que aparte de animal político, el ser humano es definible –y hoy más que nunca– como *homo certioratus*; que vive *de* y *en* la información. Vive *de* y *en* las certezas a través de las que interpreta la realidad. Para analizar esta circunstancia, este libro comienza señalando la condición relacional del ser humano, así como su dependencia radical de la información. Desde nuestra más tierna infancia, el intercambio informativo va decidiendo y definiendo nuestro desarrollo. Este proceso ha ido progresivamente canalizándose e institucionalizándose en términos cada vez más complejos. Y a los medios de comunicación les ha correspondido un papel cuya magnitud es, en nuestros días, enorme. Partiendo de la estrecha vinculación entre ser humano e información, podemos comprender el porqué del auge de los medios en los últimos cincuenta años. A pesar de las tremendas barbaridades que el siglo XX nos dejó –y que han sido las causantes de un cierto pesimismo

moral en gran medida justificado— los adelantos en materia de comunicación han hecho posible que la humanidad se sienta, en un cierto sentido, como una gran comunidad. La visión utópica tradicional solía situar su visión idealizada de la sociedad en lugares recónditos, a menudo aislados en sentido estricto. Son numerosos los ejemplos de islas —*Utopía*, de Tomás Moro, o *Nova Atlantis*, de Francis Bacon— ajenas al tráfago mundano de las sociedades reales, que reflejan las aspiraciones humanas a un mundo perfecto.

Otros modelos se han propuesto como proyectos de pequeñas comunas, caso de *Walden Dos*, de B. F. Skinner, que a modo de experimento social podrían ilustrar la manera de emprender propuestas de mayor alcance. La melodía del utopismo parece que podría resonar en nuestros tiempos con más fuerza que los esbozos de otras épocas, dado que quizás ahora las condiciones son más favorables. Es cierto que no solamente los medios de comunicación son los portadores de conexiones que unen a diferentes sociedades o culturas. Son simplemente un instrumento más, añadido a medios de transporte y flujos e intercambios de todo tipo. Pero su influencia resulta decisiva en niveles profundos de la persona, allí donde se gestan las disposiciones de la conciencia. Y esto hace que se pueda imaginar un futuro donde quede plenamente justificado plantear nuevamente la posibilidad de una identidad común. Es decir, que derivados de las conexiones que los medios van forjando poco a poco, puedan surgir sentimientos cosmopolitas con posibilidades de plasmarse en una nueva utopía de alcance mundial. En cualquier caso, aunque la teoría sugiera pasar por la recuperación de las ilusiones de antaño, parece que la actualidad de los hechos todavía no corrobora estas aspiraciones, y la frecuencia de los desgarros sociales y políticos se ha vuelto algo cotidiano.

A pesar de todo, la especial virtualidad de los medios de comunicación los ha convertido en un utensilio especialmente sensible sobre el

que se hace necesaria la reflexión ética. Reflexión que afecta en realidad al sujeto de la información; y le afecta en relación con el uso que haga de los medios, pero fundamentalmente por el efecto que dicho uso puede tener en los receptores, a quienes se les debe el reconocimiento de una dignidad que funciona como pre-concepción moral. Porque también el periodista es sujeto moral. Se trata de un agente del que sus actos son igualmente susceptibles de evaluación moral. Distinguimos, pues, la idea de un buen periodista como periodista eficaz, de la idea del periodista bueno porque el convencimiento moral guía sus acciones. El profesional de la información no está libre de responsabilidad en lo que hace. Antes bien, lo delicado de su tarea hace que ésta deba realizarse en el marco que la moral delimita. Por ser periodista no se tiene libertad plena para actuar. Entiéndase esto en el sentido de que la libertad está llamada a dirigirse hacia el bien; y ésta se convierte en tarea singular para el periodista —aunque se sobreentiende para todo sujeto moral. Partiendo de la exigencia moral básica de hacer el bien y evitar el mal, los profesionales de la información también tienen que diseñar su actividad en términos de una búsqueda del bien, que en última instancia es el bien de los demás individuos.

Esto requiere, asimismo, que el ámbito de acción sean tan amplio como especialmente protegido, dado que es el propio periodismo el que amplía y potencia los espacios de libertad, convirtiéndose en columna del sistema democrático. No resulta extraño que cuando una sociedad experimenta algún tipo de deriva autoritaria, los periodistas sean quienes primeramente sufran las consecuencias. Una prensa libre permite una opinión pública madura. Lo que es lo mismo que decir una opinión pública en la que la argumentación y la discusión hacen posible una participación política realmente activa. Una prensa manipulada o manipuladora, por ello, pervierte su función y es uno de los mayores peligros para el buen funcionamiento de las sociedades democráticas. De ahí que resulte pertinente una especial protección de la

actividad del periodista. Garantizar el secreto profesional es, a su vez, garantía de independencia. Algo que se fortalece cuando defendemos la actuación “en conciencia”. Precisamente en unos tiempos en los que la creación de grupos mediáticos cada vez más fuertes y con ideologías más marcadas ha puesto en entredicho la libertad de acción del periodista, se hace más irrenunciable que nunca la defensa de su independencia. El carácter netamente empresarial del mundo de la información puede poner en peligro un periodismo crítico y dinámico.

La defensa de este pilar de la sociedad también se puede consolidar con el compromiso de primar la autorregulación, evitando los excesos que suele traer la exo-regulación. Debe ser la propia iniciativa de los profesionales la que promueva las exigencias por las que debe transitar su actividad. Al menos en principio, es así como se podrían evitar las ingerencias ajenas que comprometen la libertad de información y, en cierta medida, las de conciencia y expresión. Es cierto que la autorregulación no puede ser ilimitada o convertirse en un derecho absoluto. Pero ayuda al funcionamiento autónomo de la profesión periodística y manifiesta la visión crítica que los profesionales tienen de su trabajo. Visión que, por mor de un periodismo serio, nunca debe perderse.

Para consolidar dicha visión la formación ética se convierte en un instrumento insustituible. En tiempos en los que el convencimiento acerca de los valores básicos se va debilitando, surge con fuerza la necesidad de replantear la importancia de la formación moral. Algo que si bien ha de tener su cuna principal en el ámbito familiar, se convierte –para lo que aquí interesa– asimismo en tarea específica de las facultades de Información, donde el currículo no queda completo si no aparecen materias deontológicas o de específica educación moral. El futuro periodista ha de aprender a canalizar su conocimiento moral al ámbito de la profesión, de modo que pueda entender la dimensión ética de la misma y llegue a obrar en consecuencia. La proyección del traba-

jo periodístico exige que éste se tome con la delicadeza apropiada para poder desarrollar la misión que le corresponde. Comprender las implicaciones morales de dicha misión es tarea que este libro pretende acometer, por lo que espero que, modestamente, su contenido dé algunos motivos para la reflexión.